

Crónicas de la Era Lunar

DIALOGOS DE CARMELITOS: EL SANTO Y EL PLATILLO

Por PABLO DE LA HIGUERA

El santo y el platillo volante se cruzaron sobre la tierra española y se saludaron quitándose sus respectivas aureolas luminosas. Andaban en misión apariciona. El santo acababa de aparecerse un poco y regresaba a las alturas; el platillo venía justamente a hacer una pequeña incursión. Último vestigio de la era cristiana y precursor de la era interplanetaria, el santo y el platillo se pararon en un promontorio serrano para cambiar impresiones.

EL SANTO.—¿Qué? ¿De aparición?

EL PLATILLO.—Psche... A dar una vuelta. ¿Y tú? ¿Ya de regreso?

EL SANTO.—Sí.

EL PLATILLO.—Bueno, hombre, bueno... ¿Y qué? ¿Qué tal se dio la cosa?

EL SANTO.—Mal. Muy mal...

EL PLATILLO.—¿Pero, hombre!

EL SANTO.—Ni pero hombre, ni nada. Ya no se lo cree ni el "Tato". Te ven, y como si vieran llover. Con decirte que hasta el arzobispo declara que son visiones de tipo supersticioso y de histeria colectiva...

EL PLATILLO.—Ya... Pretextos. Pero tú no te dejes achantar. Protesta. Haz una "sentada"...

EL SANTO.—No sirvo para esas cosas. Uno es demasiado bueno. Además, no hay nada que hacer. Desde lo del Concilio, esto se va poniendo cada vez peor...

EL PLATILLO.—¡Ay, Marte mío! Todo son dificultades. Porque te advierto que a mí no me va mejor...

EL SANTO.—Bueno, tú tienes más suerte... Desde que te llaman "Ovni", menudo postín que te das...

EL PLATILLO.—Sí, sí; postín...

EL SANTO.—Anda, anda, no seas quejica. Que con esto de la Luna, tú, aprovechando la confusión...

EL PLATILLO.—Que te crees tú eso. Ya puedo dejar un boquete tremendo en una tierra de garbanzos, que ellos lo arreglan todo diciendo que soy un meteorito.

EL SANTO.—¿Cómo! ¿Dicen que eres un meteorito?

EL PLATILLO.—Sí.

EL SANTO.—¡Ja, ja, ja, ja!

EL PLATILLO.—Oye; pitorreos, no.

EL SANTO.—Es que me hace gracia lo del meteorito.

EL PLATILLO.—Pues yo no le veo puñetera la gracia...

EL SANTO.—¿Eh, a ver si hablas bien!...

EL PLATILLO.—Perdona, chico. Pero es que pierde uno las antenas...

EL SANTO.—De todas formas, tampoco es para desesperarse. Todavía quedan sitios en los que se puede hacer algo...

EL PLATILLO.—Ya; los sitios de siempre. Los países soleados e imaginativos: Bolivia, Argentina, Italia, el Sur de Francia, España... Ya está uno harto de aparecerse siempre en los mismos sitios...

EL SANTO.—Lo malo es que hasta en estas zonas de influencia nuestras empiezan a poner pegas. Esta última aparición mía en la provincia de Sevilla ha sido de catástrofe...

EL PLATILLO.—Pues, chico, me das unos ánimos...

EL SANTO.—Lo siento, hermano. Pero este es un mundo de incredulidad...

El santo y el platillo se pusieron las aureolas y se despidieron amargamente. Parientes abandonados de la religión y de la ciencia, siguieron cada uno su camino pensando con tristeza que no somos nadie y que lo que pasa es que hay mucho Santo Tomás suelto por ahí, que hasta que pongan las yemas de los dedos en el platillo no hay nada que hacer...

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Animado de la mejor intención, el periodista ha cogido su bolígrafo y ha empezado a preguntar. Entrevistaba a un escritor, ni muy importante ni poco importante, ni muy radical ni con muchas tragaderas, ni maximalista ni minimalista, un escritor, simplemente, sin carnet y sin onchufe. Las preguntas eran «fuertes», de esas que prueban la juventud del periodista y la voluntad de no dejarse avasallar. Antes, incluso había cruzado unos cuantos juicios políticos con el entrevistado, destinados a crear un clima de confianza. Ya está hecha la primera pregunta. Podría ser: «¿Qué opina de las bases americanas?», «¿cree que Brecht está superado en España?» o «¿piensa que es una solución el Día de la Caridad?». ¡Qué sé yo! ¡Son tantas las cosas que este periodista no ve claras y quisiera preguntar!

El entrevistado ha escuchado la pregunta. Ha tardado un poco en empezar a responder, porque ya digo que no es ni maximalista ni minimalista, y la pregunta está llena de mal disimulada dinamita. Ha buscado las palabras, ha procurado evitar las alusiones directas, ha adoptado un tono casi científico... Pero, pese a ello, el periodista se ha resistido a anotar la respuesta. No, no, en mi periódico no pueden emplearse ciertos términos. En vez de revolución hay que poner renovación; en vez de clases sociales, grupos sociales; en vez de relaciones de explotación, situación económica; en vez de procesos sociales, procesos históricos; en vez de... Y así mucho rato.

El entrevistado, ni maximalista ni minimalista, no ha sabido, de momento, qué decir. Ha tenido que plantearse el dilema de si debía aceptar esa guerra terminológica o si debía negarse en redondo a la entrevista. Ha optado, tras hacerse una serie de consideraciones, por lo primero. Y se ha estrojado el magín para ver de decir lo que quería decir sin utilizar las palabras que quería utilizar. El periodista ha agradecido su buena dis-

posición y le ha asegurado que todo seguía entendiéndose perfectamente y que los lectores de su periódico ya sabían que donde ponía renovación tenían que leer revolución; donde ponía grupos sociales, clases sociales; donde situación económica, relaciones de explotación, etcétera, etcétera, cosa que tampoco parece haber tranquilizado al entrevistado. En cualquier caso, la entrevista ha concluido. Ha aparecido dos o tres días después en las páginas literarias de un periódico de gran tirada. El escritor ha contemplado su fotografía, ha leído los titulares combativos y se ha enfrentado con los resultados de su guerra terminológica. La mayor parte de los párrafos le han parecido insufriblemente oscuros y pedantes, circunloquios retóricos que evitaban las ideas. Luego, un poco desesperado, se ha entregado al juego de poner revolución en vez de renovación, etc., etc. Aparte de lo difícil del pasatiempo, lo que salía era terriblemente radical, esquemático, pobre. La disyuntiva era, en definitiva, igualmente desalentadora. Porque si lo escrito era ambiguo, confuso, su «elemental» interpretación criptográfica resultaba petulantemente radical.

Nuestro escritor se ha preguntado entonces qué sentido tenía su trabajo, su voluntad de entender a las gentes y de dar con el lenguaje que pudiera expresar este entendimiento, si las palabras tenían ya certificados de buena conducta o antecedentes penales. Pensó incluso en hacerse músico, pero los problemas técnicos le desanimaron en seguida. Decidió, finalmente, sentarse ante una pantalla de televisión para conocer el nuevo diccionario aséptico, ése que, por ejemplo, al hablar de la España del primer cuarto de siglo, dedica multitud de imágenes y palabras a gloriar las pretendientes matrimoniales de Alfonso XIII y las banderías que, con tal motivo, conoció nuestra sociedad más distinguida. ■ J. M.

La Nacional de Bellas Artes

500 ARTISTAS PROCLAMAN LA ABSTENCION

«Creemos firmemente que la Dirección General de Bellas Artes debe reconsiderar sus postulados y no olvidar que, en tanto órgano de la Administración, debe su existencia a la de los artistas plásticos y no viceversa. Por primera vez, los artistas plásticos hemos tomado conciencia de nuestros deberes para con la sociedad y para con nosotros mismos y nos negamos a seguir siendo los excéntricos, bohe-

mios e individualistas de los tópicos al uso. Somos hombres que trabajan, creemos tener unos derechos y deberes y estamos dispuestos a afrontarlos con todas sus consecuencias».

He aquí un párrafo significativo del «Informe» entregado a los periodistas en la conferencia de prensa convocada la semana pasada por los promotores de la Asociación de Artistas Plásticos. En él se expo-